

—¡Ah! eso es otra cosa, habeis hecho bien, pero seguid sirviendo, que se me irrita el apetito con el buen olor de esos guisos que habeis traído.

Puso el sirviente sobre la mesa, en grandes escudillas de estaño, dos lechones tostados, una enorme empanada, dos ánades y dos morcillas.

—La ensalada se queda ahí sobre la tabla, porque no cabe sobre la mesa, añadió.

—Es decir, dijo Zancudo, que habeis traído ya todo lo que os hemos pedido.

—Sí señor, porque sobraban ocho maravedises y se los he dado á la Inesuela, para meterla en ganas de que haga el unguento, y por cierto que allá se queda el pelon que con vosotros venia ayudándola á hacerlo.

—Es decir que no tenemos ya que llamaros para nada, ni para pagaros, dijo Zancudo; me alegre, idos.

—¿Y no hay para mí nada de adeala?

—Toma dos maravedises y no importunes mas, dijo Zancudo dándole dos pequeñas monedas de plata.

—Vivais muchos años, dijo el mozo.

Y salió.

III.

Zancudo partió en tres pedazos, dos mayores que el otro, la enorme empanada, puso el uno de los grandes pedazos en su plato al Zurdo, se sirvió él otro pedazo, y el pequeño lo apartó para Jusepillo.

—Rico olor, dijo el Zurdo; la masa está muy bien aderezada, y el gigote muy bien salpimentado, y participa de las tres cosas, de la liebre, de la perdiz y del conejo; el sabor debe ser mejor que el olor, pero yo nunca cómo sin hacer boca; yo no sé á qué han traído estos cubiletes; se bebe mejor en el jarro: ha-

cedme la razon, don Melchor, que á vos os toca por mayor en grado y en preeminencia.

Asió con ambas manos el pesado jarro, que bien pesaba media arroba, Zancudo, hizo una luenga libacion, y pasó el jarro al Zurdo, que bebió no menos largamente.

Dejó el jarro en su lugar, y embistió con la empanada.

—Pues señor, dijo con la boca llena, esto es esquisito, no me esperaba yo que fuese tan bueno. Muchas gracias por la gran cena con que me regalais, don Melchor.

—Pero vamos al negocio, dijo Zancudo deglutiendo una enorme cantidad de empanada; decidme lo que os ha dicho la Petra Juana.

—Pues habeis de saber, don Melchor, que yo tengo acostumbrada á la Petra Juana á que husmee todo lo que pueda husmear casa de su señora, porque nos conviene como leales servidores que somos de la infanta doña María de Granada, que es lo mismo que decir que servimos valerosísimamente á la reina, porque no se puede servir bien á la señora infanta, sin servir bien á su señoría.

—Acortad cuanto podais el exordio de vuestra narracion, dijo Zancudo, que me teneis impaciente.

—Las cosas por sus pasos: pues habeis de saber que husmeando, husmeando la Petra Juana, atisbando por aquí, escuchando por allá, ha descubierto que la infanta doña Juana Nuñez aborrece de muerte á la infanta doña María, y la levanta calumnias, y dice que es una hipócrita que engaña á la reina, y que está enamorada del rey, y que lleva muy á mal las bodas de hoy, y en fin, que la reina se pierde confiando tanto en nuestra señora.

—¡Bah! pues que no le saque yo á relucir los trapos á la señora infanta doña Juana, dijo Zancudo, que iba ya dando fin de su pedazo de empanada, porque nos van á ver los ciegos y nos van á oír los sordos; porque si cuento yo que vi á la Palomilla, hace mucho tiempo, metida entre hampones en un burdel, por ciertas trabacuentas, y si digo á lo que la fuimos acompañando á Mayorga cuando vos vinisteis conmigo, cuando aquello de Ve-

lilla de Valderaduey, sin ser nada de ello calunmnia, ya verá la señora infanta doña Juana Nuñez con qué ojos la miran en la córte; pero seguid.

—Y habeis de saber, don Melchor, dijo el Zurdo, que no hay tanto de falsedad como se cree en lo que la Palomilla dice de su merced la señora infanta doña María, porque la Petra Juana ha oido decir al infante don Enrique, hablando con su mujer, que el rey anda por doña María que bebe los vientos y que la escribe cartas.

—Todo eso podrá ser verdad, dijo Zancudo; pero lo que no es ni puede ser verdad, es que doña María dé oídos á las pretensiones del rey ni haga traicion á su señoría la reina, á mas de que el infante don Juan Manuel anda loco por nuestra señora, y yo no sé qué he oido hablar de bodas, aunque me parece á mí que doña María no ama á nadie, y que si á alguien ama, ese alguien no anda por la córte, y sobre todo, Zurdo, que no estamos bien seguros de si la infanta doña María es infanta ó es infante.

—Pues tambien se dice eso, y la murmuracion toma otro camino.

—Callaos, dijo Zancudo, no os quiero oír, no sigais ú os tiro este plato á la cabeza.

Y agarró el que tenia delante, que estaba ya limpio de empanada.

—¿Cómo se entiende? continuó: ¿qué decís? ¿en dónde poneis vos los ojos?

—Pero señor, si yo no miro á nadie, ni digo nada, contestó cachazudamente el Zurdo, que habia tambien ya dado fin al manjar que tenia en el plato.

—Pues si no decís nada, continuad, dijo Zancudo poniendo de nuevo el plato delante de sí, y trayendo á él uno de los lechones.

—Pues dícese, continuó el Zurdo embistiendo con el otro lechon, algo que es mucho mas grave.

—¿Y qué es mas grave que la gravísima calumnia que se os ha quedado en el tragadero, señor Diego de Moron?

—Pues dícese que el rey anda en tratos con su tío el infante don Juan, y que estos tratos vienen por el rey de Portugal, y que en ellos se mete la reina doña Constanza, que aunque es muy jóven aún, es muy despierta, y que no van á esperar á la mayor edad del rey, sino que el rey se va á ir con sus dos tíos el infante don Enrique y el infante don Juan, abandonando á su madre: ¿entendeis? Y al rey le traen engañado, diciendo que su madre no le quiere, y que si defiende el reino, no es por él, sino por su hermana la infanta doña Isabel, á quien quiere casar con un hijo del rey de Aragon, para tener con este una fuerte alianza, y mandar por mas tiempo, y que la reina le roba al rey sus cuentas, para tener grandes riquezas, y hacer lo que quiera, y que á esto la ayuda el hipócrita de su canceller don Nuño Perez de Monroy, que lleva todas las cuentas de la reina y del reino, y que se está enriqueciendo, y que aunque el rey hace buena cara á su madre, es porque no ve la ocasion propicia: con que, ¿qué os parece?

—¿Quereis que os diga lo que á mí me parece? dijo Zancudo royendo con delicia un hueso del lechon; que todo esto es un embrollo de infamias, y que será bueno decírselo todo á la señora infanta doña María: es menester que me cureis bien la muñeca, señor Diego, y pronto, porque me parece á mí que pronto vamos á andar á trastazos: ¡poder de Dios! que no fuera verdaderamente hombre la infanta, quiero decir, que no fuera el caballero del Aguila Roja, porque yo tengo mis dudas; porque mirad que se sonríe como las mujeres: pero, en fin, que no fuera el caballero para que, soltando las faldas, retara de infante á infante á ese conspirador impenitente de don Enrique, que nunca está mas contento que cuando embrolla, y le rompiera el cráneo: ¡pues no digo nada del otro infante don Juan, traidor, infame! Se me pasan á mí unas ganas.... pero cómo se va un noblecillo de nuevo cuño á decirle á todo un infante de Castilla, tutor del rey, guarda del reino, ni al otro, que se llama rey de Leon, á decirles, vengan acá vuesas mercedes de solo á solo, ó los dos juntos, para que yo tenga el placer de aplastarlos como escarabajos: eso no lo puedo yo hacer; me tomarian preso y me

castigarían á sangre por desacato; pero quien podría hacerlo, y con garras de sobra para ello, sería la infanta doña María si fuese el infante don Gutierre. Pero de no, señor, ya les he dicho yo á sus doncellas que atisben, y las he regalado, y han atisbado, y aunque honesta y muy honesta la infanta doña María, han descubierto al fin, que es indudablemente mujer, porque las mujeres, por recatadas que sean, no pueden encubrirse de sus doncellas.

—¿Con que ahora salimos con esas, señor Zancudo?

—Sí señor, sí, mujer y grandemente mujer.

—¿Qué lástima! exclamó el Zurdo devorando los sesos de su cochinillo.

—Pero seguid contando, señor Diego de Moron.

—¿Qué quereis que os diga mas? El infante don Enrique no descansa, no reposa, todo se le vuelve intrigar y mas intrigar: aborrece á la reina, la tira á degüello, y la hace pasar la rueda de las navajas; tiene miedo á don Alfonso Perez de Guzman, que está ahora en la córte, y ya anda ideando el que le envíen allá, al reino de Leon, á combatir al infante don Juan, contando que por allá armen una celada y maten á traicion al noble don Alfonso Perez.

—¿Pero estos son hombres, señor, dijo Zancudo, ó bestias feroces que no miran mas que asociar su hambre de riquezas y los malos deseos de su soberbia?

—Yo creo que están condenados, don Melchor, ó mas bien, que son diablos humanos que Dios permite para probar la firmeza y la constancia de la noble reina doña María: yo sé decir que me alegro de haberme enamorado de la Petra Juana, y de haberla hechizado y enamorado de mí, porque de esta manera puede oliscar, porque yo se lo mando, casa de su señora, y contarme cosas muy provechosas para la reina.

—Y decidme, señor mio, preguntó severamente Zancudo: ¿y por qué habeis tardado tanto en decirme todo eso?

—Porque no lo he sabido hasta esta tarde que me lo ha contado todo la Petra Juana, metida conmigo debajo del andamio de las damas de la córte, en donde estábamos agazapados vien-

do la justa por entre la abertura de los tapices: así que yo supe esto, sentí que reventaba por hablaros; pero era necesario que aquello se acabase, y cuando se acabó y vos os desarmásteis en la tienda de los caballeros y tirásteis hácia acá, me vine detrás de vos.

—¡Ah! eso es otra cosa, dijo Zancudo desarmándose, y os perdono, porque mal podíais haberme dicho lo que no sabíais.

IV.

—Maestro, dijo á aquella sazón entrando Jusepillo con una cazuela puesta en una tabla, un pañuelo en la cabeza y un cordón de lana en la boca: aquí está el unto fuerte hecho como por mis manos y las de cierta moza, que si viérais qué hermosa es.

—Chiquillo, chiquillo, que me parece que te vas saliendo del cascaron: hijo, déjate de mocerías; pero en fin, ya eres un buen mancebo, y si te gusta mucho la muchacha, yo te la adobaré y te la aliñaré y te la pondré, blanda como un guante, que bien dicen que el hombre no es hombre hasta que le gustan las mujeres. ¿Viene el unto bien caliente, muchacho?

—¿Que si viene! dijo Jusepillo, que no quitaba ojo de los manjares; rabiando de caliente.

—Pues haceos fuera de la mesa, don Melchor, que os voy á curar la muñeca, dijo el Zurdo levantándose.

—Paréceme que de nuevo me vais á tratar como asno, señor Diego, dijo Zancudo.

—Ó hacer las curas, ó no hacerlas: vamos, venga acá.

Y agarró la membruda mano derecha de Zancudo.

—A ver si tirais con todas vuestras fuerzas, como si quisiérais arrastrarme con vos, dijo el Zurdo.

Pasó una especie de escalofrío á Zancudo, porque sabia bien lo que eran las curas del Zurdo; pero por la negra honrilla,